



EL HUERTO DEL CORAZÓN

*Una Historia con un
Mensaje Inspirador*

Índice

7	Prólogo
10	Introducción
12	Capítulo 1
12	Semillas de sabiduría y tierra
17	Capítulo 2
17	La experiencia del abuelo
21	Capítulo 3
21	El susurro de las raíces
29	Capítulo 4
29	El respeto de la tierra
34	Apéndice
34	El valor de la consideración
35	Recomendación

Dirección general: Rabino Aharon David Shlezinger

Narrativa: Daniel Sason

Redacción: Sara Levi

Aportes conceptuales: Ana Dayan

Edición: Gad Sofer

El Huerto del Corazón

Nota sobre este libro

Este libro es una narración basada en hechos reales.
El guion fue escrito por el Rabino Aharón Shlezinger y la
narración fue preparada por su equipo.

Prólogo

El gran sabio Israel Meir HaCohen, conocido como el Jafetz Jaim, escribió numerosas obras de enorme valor espiritual. Una de ellas lleva por título Ahavat Jésed (Amor de la Bondad), donde enseña que el Santo, Bendito Sea, nos ama profundamente y desea que vivamos con bondad y amor hacia los demás.

En la introducción a dicha obra, el Jafetz Jaim escribe:

“Considerad, ante todo, que toda la Torá está impregnada en su totalidad de bondad. ¿Por qué? Para que la persona reflexione y comprenda cuán preciada es la bondad a los ojos del Santo, Bendito Sea”.

Estas enseñanzas revelan cuánto valora el Creador los actos de bondad y amor entre los seres humanos, desde el comienzo mismo de la historia.

Esto concuerda con lo que dijo el sabio Hilel hace más de 1800 años, cuando un hombre gentil quiso convertirse y le pidió que le enseñara toda la Torá mientras permanecía de pie sobre un solo pie. Hilel le respondió:

“Lo que aborreces que te hagan a ti, no se lo hagas a tu prójimo. Esa es toda la Torá; lo demás son explicaciones. Ve y estudia” (Tratado de Shabat 31a).

Vemos cuán importante es estudiar cada detalle de la Torá y descubrir en ella el amor del Creador, así como la consideración entre una persona y su prójimo, tal como enseñó Hilel. Ese estudio puede ayudarnos a conectarnos con la Palabra del Creador y a vivir una vida llena de bendición, alegría y salud, como también se enseña en el Tratado de Erubín.

Es fundamental combinar todos estos elementos para que el estudio de la Torá sea ameno y significativo para nosotros. Más aún en los tiempos agitados en los que vivimos, marcados por la dispersión, el estrés, el nerviosismo y tantas distracciones que nos impiden concentrarnos con profundidad en lo verdaderamente importante. Por eso, es valioso estudiar de forma

agradable, con ejemplos e ilustraciones, tal como enseñaron los sabios de antaño, y como quedó registrado en los libros ancestrales.

Hoy hablaremos de un fragmento de la Torá, un pasaje muy breve del que podemos aprender algo esencial. Aunque en apariencia no está relacionado con lo que enseñó Hilel, veremos que en realidad sí lo está, como todo concepto de la Torá, y descubriremos cuánto tiene para enseñarnos. Será presentado de forma amena, para que el mensaje se pueda aprehender con claridad, llevarlo en el corazón y aplicarlo en la vida diaria, viviendo cada vez mejor.

Introducción

Este libro enseña algo profundo que se desprende de las palabras:

«No sembrarás tu campo con mixturas» (Levítico 19:19).

¿Qué misterio encierra ese pasaje? ¿Qué puede revelarnos sobre nuestros sentimientos, sobre la manera en que vivimos y nos relacionamos con los demás?

Eso es lo que iremos descubriendo aquí, a través del relato de dos amigas que tenían apenas un puñado de semillas y el anhelo sincero de verlas crecer. Pero pronto aprenderemos que la tierra tiene su propio lenguaje, y que cada surco, cada raíz y cada brote nos habla... si sabemos escuchar.

Entre charlas, risas y silencios compartidos, Mariela y Ana irán entendiendo que sembrar no es solo poner semillas en la tierra: es aprender a mirar, a esperar y, sobre todo, a respetar.

Acompañadas por la voz tranquila de la abuela y el abuelo, paso a paso descubrirán que la naturaleza guarda secretos que hablan también del corazón humano.

Y así, mientras germinan las semillas, algo más empieza a florecer: una manera distinta de ver el mundo y de vivirlo.

Capítulo 1

Semillas de sabiduría y tierra

Mariela y Ana habían terminado hacía poco el tercer año del colegio secundario y compartían un sueño común: estudiar biología en la universidad. Eran amigas inseparables, siempre juntas, compartiendo largas horas de charlas, risas, planes y proyectos, como si el mundo fuera un lienzo listo para ser pintado con sus sueños.

Un día, mientras caminaban por el parque, Mariela le confesó a Ana algo que llevaba tiempo pensando. Su voz vibraba con una mezcla de ilusión y anhelo:

— Quiero empezar un huerto en el terreno de la casa de mi abuela, ¿sabes? Allí pasé tantas tardes jugando, corriendo entre los árboles y aprendiendo a respetar la tierra. Estoy cansada de comprar verduras que parecen plásticas, llenas de químicos y hormonas para crecer rápido y durar más. Quiero comer algo real, que nazca de la tierra de verdad.

Ana la miró con ojos brillantes, contagiada por la emoción de su amiga.

— Eso suena increíble, Mariela. ¿Cuándo piensas empezar?

— Pronto — respondió Mariela —. Y quiero que vengas conmigo, que estés a mi lado en esta aventura.

Ana asintió con entusiasmo, ilusionada con la idea.

Pasaron los días y, finalmente, una semana después, Mariela llamó a Ana con voz radiante:

— Estoy lista. El miércoles, después del mediodía, si quieres, nos vemos en la casa de mi abuela para empezar el huerto.

Ana aceptó sin dudar.

Cuando llegó el miércoles, el sol de la tarde bañaba el jardín con una luz dorada y cálida. El aire olía a tierra húmeda y hojas frescas. En ese pequeño espacio preparado con cariño, Mariela sostenía en sus manos dos pequeños

paquetitos de semillas: tomates y pepinos, dos verduras que siempre habían sido parte de sus ensaladas favoritas.

Mariela levantó la azada con determinación, se inclinó y empezó a hacer un agujero en la tierra. Estaba a punto de sembrar cuando una voz suave pero firme la detuvo. La abuela, sentada en su vieja mecedora de madera, la miraba con ojos llenos de años y sabiduría.

— Espera, hija — dijo, con paciencia y amor —. ¿Por qué haces un solo hoyo?

— Aquí pondré las semillas — respondió Mariela con decisión.

— No siembres esos dos juntos — advirtió la abuela —. He aprendido con los años que no se llevan bien.

Mariela se quedó inmóvil, sorprendida. Sus ojos buscaron los de su abuela, llenos de historias que parecían esconder secretos del tiempo.

— ¿Por qué, abuela? — preguntó, con sinceridad y curiosidad.

La abuela sonrió con ternura, sus arrugas dibujaban caminos de experiencia.

— Las raíces del pepino y del tomate buscan el mismo alimento en la tierra. Si las juntas, una le quita a la otra, como dos hermanos que quieren la misma porción de comida y terminan peleando por ella. No crecen felices, se debilitan, y a veces hasta se mueren.

— Además — continuó —, el tomate crece más alto y fuerte, y puede hacer sombra al pepino. Y el pepino necesita el sol para dar frutos dulces, jugosos, llenos de vida. Sin luz, se apaga, se vuelve triste y flaco.

Mariela escuchaba cada palabra como un regalo, y Ana permanecía maravillada, sin parpadear.

La abuela agregó:

— He aprendido también que el pepino necesita mucha humedad en la tierra, mientras que el tomate prefiere un suelo más seco. Si están juntos, uno puede enfermar por exceso de agua y el otro por falta.

Finalmente, dijo con voz firme y serena:

— La tierra no miente, niñas. Hay que aprender a escucharla, a respetarla. Cultivar es cuidar, es amar con paciencia y sabiduría, no solo con las manos.

Mariela sintió que algo dentro suyo se conmovía profundamente. El huerto que soñaba ya no era solo un espacio para cultivar plantas, sino un lugar donde la ciencia y la tradición se encontraban, donde el conocimiento y el amor se entrelazaban.

Ana, con una sonrisa amplia y sincera, asintió:

— Así será, seguiremos las enseñanzas de la abuela. Estaremos aquí para aprender, cuidar y crecer juntas.

Capítulo 2

La experiencia del abuelo

El sol seguía descendiendo lentamente, pasando la línea del mediodía. Las voces de Mariela, Ana y la abuela se entrelazaban con el canto de los pájaros y el suave susurro de las hojas movidas por la brisa. De pronto, del fondo del patio, apareció el abuelo.

Llevaba un sombrero de ala ancha algo gastado y caminaba con la calma de quien ha aprendido a escuchar los silencios del campo. Sus pasos eran pausados, pero su mirada conservaba un brillo vivo.

La abuela lo llamó. El abuelo se acercó, saludó muy cordialmente, intercambió algunas palabras y se dirigió a la casa, porque no quería interferir ni molestar. Pero la abuela lo volvió a llamar y le sonrió como quien comparte un secreto antiguo:

— Estábamos hablando de las semillas, de por qué no conviene sembrar tomates y pepinos juntos. Les conté lo que aprendí, pero les dije que tú sabes mucho más de este tema. Que podrían preguntarte.

Ana y Mariela se miraron entre sí, con un brillo especial en los ojos. Se acercaron un poco más, con la curiosidad temblando en sus palabras.

— Abuelo — dijo Mariela, con respeto —, ¿es cierto que hay reglas para saber qué plantas pueden crecer juntas y cuáles no?

El abuelo asintió despacio, como quien confirma algo obvio y a la vez profundo.

— Claro que sí, niñas. De hecho, existe un libro entero que habla de ese tema, que forma parte de un compendio muy antiguo y sabio llamado la Mishná.

Ana parpadeó, intrigada.

— ¿La Mishná? ¿Y qué dice?

El abuelo se acomodó el sombrero y miró hacia el huerto, como si viera más allá de las plantas, recordando palabras aprendidas de memoria y momentos vividos.

— La Mishná enseña, entre muchas otras cosas, qué plantas pueden sembrarse juntas y cuáles deben separarse. Explica que hay que guardar distancias entre semilla y semilla según la especie, porque cada planta necesita su propio tipo de espacio, de alimento y hasta de aire para crecer bien.

Hizo una breve pausa, mientras las jóvenes lo escuchaban como si cada palabra fuera un tesoro.

— Cada planta es como una persona — continuó —. Cada una necesita su lugar, su terreno, su luz, su agua. Si las apretamos demasiado, no solo no crecen fuertes, sino que se enferman o mueren. Y si sabemos darles espacio y cuidarlas, florecen, dan fruto y viven en armonía.

Mariela sintió un nudo en la garganta; nunca había pensado en las plantas con tanta profundidad. Ana, por su parte, sentía cómo aquellas palabras se mezclaban con todo lo que querían estudiar en la universidad: la ciencia y la vida latiendo juntas.

El abuelo bajó la mirada hacia ellas, sonriendo.

— Si quieren — dijo, con voz serena y casi cómplice —, puedo contarles una historia que escuché hace muchos años del maestro del bosque. Es una historia que explica por qué cada semilla necesita su lugar, y qué pasa cuando no respetamos ese orden.

Las dos jóvenes asintieron con entusiasmo, sentándose más cerca, listas para escuchar. La tarde empezaba a teñirse de sombras suaves, y en ese pequeño rincón del jardín, entre la sabiduría de la abuela y las historias del abuelo, estaba naciendo algo más grande que un huerto: un puente entre generaciones, tejido con palabras, silencio y asombro.

Capítulo 3

El susurro de las raíces

El sol ya estaba más bajo cuando la abuela se levantó despacio de su mecedora y dijo con dulzura:

— Esperen aquí, que voy a traerles algo fresco para beber y unas masas que preparé esta mañana.

Mientras ella entraba en la casa, el abuelo se quedó conversando con Mariela y Ana, como quien abre poco a poco las puertas de su memoria.

— ¿Y cómo aprendiste todo eso, abuelo? — preguntó Ana, con curiosidad.

El abuelo sonrió, mirando el suelo recién removido, donde las semillas todavía esperaban.

— Aprendí escuchando a los mayores, leyendo el libro de las Mixturas, que está en el compendio llamado Mishnah,

del cual ya os he hablado... y, también, mirando. La tierra habla para quien sabe escucharla.

Mariela asintió despacio, sintiendo que había mucho más por aprender del abuelo que de cualquier libro. Y dijo:

– ¿En ese libro aparecen las distancias que hay que poner entre las semillas de diferentes especies?

– Así es – respondió el abuelo con decisión – Se especifica cada detalle, para que cada planta tenga su espacio y todo lo que necesita para crecer libremente, fuerte y sana.

Poco después, la abuela volvió con una bandeja: cuatro vasos grandes de refresco casero, frío y dulce, y un plato de masas doradas que olían a recién horneado y hogar. Se sentaron todos alrededor de la mesa de madera del patio, bajo la sombra suave de un árbol que crujía suavemente con la brisa. Era un momento simple, pero lleno de calidez.

El abuelo tomó un sorbo, se acomodó el sombrero y, con voz pausada, empezó su relato:

La historia del maestro del bosque

— Hace mucho tiempo, me contó un discípulo del maestro del bosque, existía un huerto donde alguien, por ignorancia o por prisa, sembró muy juntas semillas de tomates, pimientos, calabacines y lechugas. Al principio, todo parecía crecer bien. Desde fuera, las hojitas verdes brotaban alegres, como si quisieran saludar al sol.

Pero bajo la tierra, comenzó la lucha silenciosa.

Las raíces se estiraban buscando agua y alimento. Las más fuertes, como las de los tomates y los pimientos, llegaban primero y se quedaban con lo mejor: la humedad fresca, los minerales, la fuerza de la tierra. Cerca, unas raíces más tiernas, como las de las lechugas, se quedaban atrás.

Un día, una pequeña raíz de lechuga sintió que algo iba mal. Sus hojas estaban lacias, sin fuerza. Entonces, en su lenguaje callado, susurró con temor:

— Madre... madre lechuga, me siento débil... estoy enfermando... ¿puedes ayudarme?

Y la madre lechuga, con voz triste y resignada, respondió:
— Hija mía, no tengo qué darte. Se ha acabado el agua, se ha acabado el alimento... Las raíces más profundas lo están absorbiendo todo, y nada queda para ti.

La plantita, débil, intentó alargar sus raíces buscando un lugar donde beber, pero encontró solo tierra dura, seca y cansada. Día tras día, sus hojas amarilleaban, su tallo se doblaba, y la vida se le escapaba poco a poco.

Encima de la tierra, el tomate crecía fuerte y vigoroso, con ramas que se extendían tanto que pronto hicieron sombra sobre las lechugas y algunos pimientos más pequeños. Bajo aquella sombra densa, apenas llegaban unos rayos de sol.

Otra lechuga pequeña, débil pero viva, levantó con esfuerzo sus hojas marchitas y rogó:

—Madre... necesito más sol para crecer, para madurar...

La madre lechuga, con un suspiro lleno de tristeza, le respondió:

—Hija mía, no puedo. Hay algo que se interpone, algo más grande que yo. El sol no llega hasta aquí...

La hija, con voz temblorosa, insistió:

—¿Podrías hablar con él? Con el tomatero... tal vez pueda correr un poco sus ramas y abrir un espacio para que entre un rayo de sol.

La madre lechuga guardó silencio por un momento. Luego, elevó su voz hacia lo alto:

—Tomatero... noble planta de frutos rojos... ¿podrías hacerte un lado aunque sea un poco? Hay alguien aquí abajo que necesita la luz para seguir viviendo.

Desde lo alto, entre las ramas gruesas y las hojas tupidas, el tomatero respondió con un tono sereno pero firme:

—No puedo. Aunque quisiera, no puedo moverme. Estoy fijo, enraizado donde me sembraron. Yo no elegí este lugar. No puedo detener mi crecimiento, ni hacerme más

pequeño. Mi naturaleza me impulsa hacia arriba, a buscar el sol, a extender mis ramas. No es culpa mía... así es como fui hecho.

Hubo un silencio. El viento pasó entre las hojas. Abajo, la hija lechuga bajó sus pequeñas hojas con resignación. No había maldad en el tomatero. Solo una distancia imposible. Un límite natural. Una siembra que nadie de ellos eligió.

El maestro del bosque decía que, incluso entre plantas, si no se respeta la distancia que cada una necesita para respirar, alimentarse y sentir la luz, las más débiles sufren y algunas hasta mueren. Porque no es solo cuestión de sembrar muchas juntas para que “salga más”, sino de saber dónde, cómo y con quién.

Cada planta tiene su carácter:

- El calabacín se expande mucho por la tierra; necesita espacio para sus largas ramas.
- El pimiento, más pequeño, necesita calor, pero algo de sombra en el pico del verano.

— La lechuga, de raíces superficiales, necesita riego más constante.

— Y el tomate, que crece alto, debe ir separado para que no robe la luz a las demás.

El abuelo hizo una pausa. Mariela y Ana lo miraban en silencio, como si en ese instante hubieran visto bajo la tierra esas raíces luchando por sobrevivir.

— ¿Y qué pasó después, abuelo? — preguntó Ana, casi en un susurro.

El abuelo bajó la mirada, acarició el vaso y dijo con voz tranquila:

— Algunas plantas lograron crecer, pero otras no resistieron. Pero el jardinero aprendió algo valioso: que hasta las plantas necesitan su espacio, su aire, su agua, su luz. Que sembrar no es solo poner semillas, sino conocer, respetar y cuidar.

Se hizo un silencio suave. El refresco se sentía más dulce, las masas sabían mejor, como si aquellas palabras hubieran dado más sabor a la tarde.

Mariela, con voz baja, dijo:

— Entonces, sembrar es como cuidar un corazón: necesita espacio, luz y paciencia.

El abuelo asintió despacio, con una chispa de orgullo en los ojos:

— Así es, niña. Y a veces, aprender eso duele un poco... pero es el dolor que enseña.

El atardecer caía, tiñendo el huerto vacío de colores cálidos. Y mientras esperaban el momento de sembrar, algo mucho más profundo empezaba ya a crecer en el corazón de esas dos jóvenes.

Capítulo 4

El respeto de la tierra

El sol de la mañana acariciaba el huerto con su luz dorada cuando Mariela y Ana salieron al jardín, acompañadas del abuelo y la abuela. Llevaban en las manos pequeños sobres con semillas y en el corazón la ilusión de hacerlo bien.

El abuelo se detuvo, se apoyó en su bastón y, mirándolas con una sonrisa, les dijo:

— Bueno, niñas... hoy ustedes decidirán dónde vamos a sembrar. Quiero que miren el terreno, vean dónde da más sol, dónde hay más sombra... y me digan dónde pondrían los tomates y dónde los pepinos.

Mariela y Ana se miraron sorprendidas, pero con brillo en los ojos. Les gustaba que el abuelo confiara en ellas.

— ¿Qué te parece aquí, Ana? — dijo Mariela, señalando un lugar donde la tierra parecía más suelta y el sol daba de lleno casi todo el día.

Ana se agachó, tocó la tierra con la mano, notando que estaba templada por el sol.

— Sí, aquí parece bueno para los tomates, ¿verdad, abuelo?

El abuelo asintió despacio:

— Muy bien pensado. El tomate necesita mucho sol para crecer fuerte y dar frutos dulces. Y esa tierra suelta le vendrá bien para las raíces profundas.

Después, Ana caminó unos pasos, mirando alrededor, y señaló un rincón donde por la tarde caía algo de sombra de un viejo árbol.

— ¿Y los pepinos aquí, abuelo? Les daría sol por la mañana y un poco de sombra por la tarde.

El abuelo sonrió satisfecho, con los ojos brillando de orgullo:

— Perfecto, Ana. Los pepinos agradecen algo de sombra en las horas más fuertes del calor. Veo que están aprendiendo

a mirar la tierra... no solo con los ojos, sino también con el corazón.

La abuela, que las observaba con ternura, comentó:

— Es hermoso verlas decidir juntas. Así también se aprende a escuchar y a respetarse.

Con cuidado, empezaron a hacer los surcos para las semillas. Mariela colocaba las de tomate en el sitio elegido, cubriéndolas con un poco de tierra húmeda. Ana, al otro lado, hacía lo mismo con las de pepino. El abuelo observaba atento, corrigiendo solo con pequeñas indicaciones:

— Más espacio entre una semilla y otra, Mariela, así podrán crecer sin molestarte...

— Ana, ponlas un poquito más profundas, para que la humedad les llegue mejor.

Mientras trabajaban, Mariela levantó la vista, con las manos manchadas de tierra y el corazón lleno de preguntas.

— Abuelo, sembrar así es diferente. No sólo colocamos semillas en la tierra, nos compenetramos con las necesidades y los sentimientos de las plantas.

El abuelo la miró y se apoyó en su bastón antes de responder:

— Así es, porque cada una necesita algo distinto: más sol, más sombra, más agua o más aire. Y si no respetamos eso, terminan estorbándose, quitándose fuerza, como quien interrumpe la voz del otro. La tierra, igual que la vida, necesita equilibrio.

Ana asintió, pensativa:

— Es como entre las personas, ¿no? Cada uno necesita su espacio para crecer, y si no lo tenemos, nos debilitamos.

El abuelo sonrió, complacido:

— Exactamente, Ana. Aprendiendo a respetar a las plantas, aprendemos también a respetar a las personas. Consideración, paciencia y espacio... eso hace que todo crezca sano y feliz.

Mariela, con voz suave, concluyó:

— Entonces, sembrar no es solo poner semillas... es también aprender a mirar, a escuchar y a cuidar.

— Así es — dijo el abuelo, con ternura —. Porque el respeto que damos a las plantas se parece mucho al que debemos dar a los demás. Y cuando aprendemos a hacerlo aquí, en la tierra, también aprendemos a vivir mejor con quienes amamos. Así se construye la paz, hijas... con respeto, consideración y amor.

El silencio que siguió estaba lleno de significado. El sol acariciaba el huerto recién sembrado, y en ese momento Mariela y Ana sintieron que no solo habían plantado semillas: habían sembrado algo más profundo en su corazón.

Apéndice

El valor de la consideración

Lo que aprendieron Mariela y Ana en el huerto no es solo una enseñanza sobre plantas y tierra. En realidad, es una pequeña muestra de algo mucho más grande: las normas de la consideración, que están numeradas y explicadas en la Torah.

Como enseñó el sabio Hilel: toda la Torah se resume en esta frase: “No hagas a tu prójimo lo que aborreces que te hagan a ti.” Lo demás son explicaciones y aplicaciones concretas de ese principio central.

Incluso esta enseñanza de no sembrar distintas semillas demasiado juntas, para que cada una tenga su espacio y pueda crecer sin que la otra la perjudique, es parte de ese gran mensaje de consideración. Porque si aprendemos a respetar el espacio que necesita cada planta para

desarrollarse, también aprendemos a respetar el espacio que necesita cada persona para ser feliz.

La Torah nos enseña, a través de muchas normas, a ser personas que saben mirar al otro, darle su lugar, compartir y vivir con respeto. Y si aplicamos esa consideración en cada acto diario —al hablar, al escuchar, al ayudar, al sembrar, al convivir— nos convertiremos en personas que siembran paz, alegría y armonía a su alrededor.

Por eso es importante conocer e interiorizarse en estas normas de la consideración. Porque cuando entendemos que toda la Torah busca enseñarnos a no dañar, a respetar y a amar, descubrimos que vivir con consideración no solo hace crecer mejor las plantas... sino que también hace florecer nuestro corazón y nuestra vida en paz y felicidad.

Recomendación

Puedes conseguir [La guía de la Consideración](#) haciendo clic [aquí](#) o escaneando el código QR

